

HISTORIA Y LEYENDAS DE SANTA FE DE BOGOTÁ

Chapinero (II)

El potrerito de don Antón

ALBERTO FARIAS MENDOZA

Como todo lo que se refiere a nuestra gran ciudad, el Chapinero de este fin del siglo, tan desdibujado y perdido en la gran urbe, nada tiene que ver con el afable y pequeño caserío nacido en el siglo XVI, al poco tiempo de fundada Santa Fe.

No aparece en ninguno de los antiguos planos, pero a principios de 1800 se empieza a hacer referencia a su existencia, con su nombre de Chapinero.

Durante un largo periodo, los límites de Santa Fe eran desde el río San Cristóbal, hoy calle 7a., por el sur, hasta los lejanos terrenos de la Burburata, por el norte, en donde se levantaron el convento y la iglesia de San Diego, o sea la calle 26 de hoy.

Don Gonzalo había seleccionado este lugar para fundar a Santa Fe, por su elevación sobre el resto de la Sabana, lo que la protegía de las frecuentes inundaciones provocadas por las quebradas de aguas cantarinas y puras que la bañaban en toda su extensión: desde el río San Cristóbal, alimentando por las quebradas Colorada, de la Vieja y de Los Laureles, en el sur, hasta el río Vicacha de los Indios, hoy ente-

rrado bajo la avenida Jiménez, la quebrada Grande o El Arrayán, por la calle 26, el río Arzobispo y las quebradas de La Vieja, de Rosales y del Chicó.

El Camellón de las Nieves solamente llegaba hasta San Diego y su continuación hacia el norte, que tenía el pomposo nombre de Camino de Tunja, no se podía ni siquiera llamar camino; era tan sólo un sendero, polvoriento o embarrado, dependiendo de la estación, por el que únicamente se podía transitar en una cabalgadura.

Fue por allá a mediados de 1789, cuando el virrey Espeleta ordenó que se levantara el plano de la vía, pero fue su sucesor, Amar y Borbón, en la primera década del siguiente siglo, quien desempolvó este proyecto que, apenas veinte años más tarde, casi a mediados de siglo, se concretó en un camino de herradura que llegaba hasta el naciente poblado de Usquén.

Techo de paja, piso de barro

Pero es hora de que penetremos la historia y la leyenda. Esta nos relata que, al poco tiempo de fundada la ciudad, llegó a convivir con los conquistadores y los indios un andaluz, natural del puerto de Cadiz,



quien, a poco de estar en nuestro valle, contrajo santas nupcias con la hija de un rico indio dueño de un extenso terreno en el sitio que hoy conocemos como Chapinero.

Don Anton Hero Cepeda era el nombre de este gaditano, que tenía como profesión hacer chapines, que no eran otra cosa que unas sandalias que se ataban al tobillo. Tal vez fueron el origen de las alpargatas, que durante siglos calzaron los pies de nuestra altiplanicie.

Pero, regresemos a nuestra historia. Don Anton, por su profesión, era conocido como el *chapinero*, nombre que heredó nuestro barrio.

El "potrerito" de Don Anton, según borrosos papeles, tenía 2.000 pasos, vieja unidad de medida chapetona; pero su equivalente a lo que hoy entendemos era 150 hectáreas, propiedad

nada despreciable. Construyó su modesta vivienda, como todas las de la época, con paredes de tapia pisada, techo de paja y piso de barro, tal como las que aún hoy podemos ver en tierras cercanas a la ciudad.

Estaba situado su rancho en la carrera 7a., entre calles 59 y 60, o sea en el corazón del barrio, en donde más tarde se levantaría una capilla y años después un parque que todavía adorna la ciudad.

Posiblemente el haber yo nacido y vivido durante mi niñez y juventud a pocos pasos de don Anton, haya influido en mi apego al viejo barrio. Nací a una cuadra, como decíamos en Santa Fe, en la 7a., entre 60 y 61, y crecí jugando en ese parque con mis grandes amigos de la infancia, niños chapinerunos que aún hoy viven todos muy cerca de mi cariño.